
PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

En espera de prodigios Incrementos con efectos

El gobierno espera prodigios. Y por desgracia su esperanza se estrellará contra la ruda realidad. Espera que quienes consumen sus bienes y utilizan sus servicios, varios de los cuales se han encarecido de modo muy sensible, en efecto absorban las alzas, y de ese modo le sea posible preservar la estabilidad que tan apreciada es en los planes oficiales (y por supuesto también por los protagonistas de la economía). ■ 4

1000 pesos

Viene de la 1

El transporte ha sido afectado, primero, por el incremento en el precio de la gasolina, otros combustibles y lubricantes. Y ahora se ha aplicado un descomunal aumento en las cuotas de peaje en los Caminos y Puentes Federales de Ingresos y Servicios Conexos. Se dirá que en muchos trayectos hay carreteras alternas, gratuitas, que el transporte de carga o de pasajeros puede utilizar. Pero eso no es verdad en todos los puntos y aun donde lo es de todas maneras se genera un impacto alcista, porque los costos aumentan al tratarse de recorridos más largos y más difíciles.

Por su propia naturaleza, el mayor costo del transporte repercute en los bienes que por su medio son llevados del productor al consumidor. Por más anchos que sean los márgenes de rentabili-

dad con que opere el transporte, no es sensato esperar que los transportistas, aunque sus dirigentes se hayan comprometido a ello, absorban los incrementos en su operación. Los aumentos en combustibles y peaje, por añadidura, se agregan a los de refacciones y mantenimiento, con lo que se coloca a los operadores del transporte en la disyuntiva de permitir que su equipo vaya cayendo en la obsolescencia irremisiblemente, o aplicar tarifas más altas a sus propios servicios. Eso es predecible aun por razones psicológicas, pues con alzas tan severas como las del 87 por ciento en los peajes se reenciende la mecha de las expectativas inflacionarias, que ya eficaces son para crear inquietud y luego generar presiones en aquella dirección.

No hablamos de hechos futuros o imaginarios. En diversas ciudades, el transporte público de pasajeros ha

reaccionado frente al alza de la gasolina incrementando sus propias tarifas. De nada sirve que los economistas gubernamentales hagan cuentas y muestren que el combustible representa una porción mínima de los costos de aquella actividad. De todas maneras, los transportistas ponen a los usuarios ante hechos consumados o, peor aún, dentro de una guerra en que se puede con facilidad generar violencia.

Téngase como ejemplo el caso del Distrito Federal, donde se ha complicado como nunca el sistema de transportación colectiva cuyo resultado es algo parecido al caos, en medio del cual la presión por el aumento a las tarifas puede ser un detonante. Además de los servicios propiamente municipales, integrados por el Metro y la Ruta 100, fueron abriéndose camino modalidades privadas, que a más de ser incómodas son caras. Se trata de

minibuses, combis y aun automóviles que cubren trayectos fijos. Por un anacronismo que a nuestros hijos les resultará incomprensible, se les llama todavía *peseros*, porque cuando se iniciaron, hace unos treinta años, su servicio costaba un peso. Idos para siempre esos felices tiempos, hoy sus operadores cobran lo que quieren. De nada sirve que las autoridades del transporte capitalino juren que no se ha acordado incremento alguno, y prodiguen información sobre dónde quejarse de los incrementos arbitrarios. La fuerza de la necesidad se impone, y los usuarios pagan lo que le cobran, o entran en una agria y peligrosa discusión con los choferes —cuya peligrosidad es conocida— o simplemente se quedan a la espera de un conductor sensato que no aplique el incremento. Lo que equivale a la actitud del gobierno de esperar prodigios que no se producirán.

María 26/junio/90